Lágrimas

Vivo en una de esas pequeñas localidades de la ahora llamada "España vaciada", pero que no solo está despoblada en términos de habitantes, sino que además carece de muchos de los servicios que para los habitantes de cualquier ciudad resultan básicos: teléfono por cable, cobertura de telefonía móvil de calidad, transporte público, recogida de basura clasificada o servicio de agua corriente y alcantarillado municipal. En estas condiciones retomar los estudios dejados al final de la licenciatura me parecía poco menos que un sueño imposible. Aunque dispusiese del tiempo necesario para estudiar, me sería difícil poder acudir a ninguna facultad. Llegué a pedir en una ocasión el listado de convalidaciones para un par de licenciaturas, pero cursar cualquiera de ellas era imposible por la distancia.

Un día, ya no me acuerdo bien ni cómo ni cuándo, alguien me comentó que podía mirar la oferta de la UNED, y tras varias consultas me lancé a estudiar un máster de lingüística que se ajustaba a mis deseos. Posiblemente eran demasiados créditos para quien desea compatibilizar estudios, trabajo y dos hijos, pero sobreviví a ese curso, al curso siguiente y al doctorado que realicé posteriormente. Los años más bonitos de mi vida de estudiante sin duda alguna.

Pero si elijo este recuerdo es porque el último día de mis estudios, en la defensa de mi tesis en la facultad de filología en Madrid, conseguí hacer algo que nunca hubiera pensado y que no había conseguido en mis cincuenta años como hija, ver llorar de emoción a mis padres, algo que solo el cáncer de mi madre había conseguido anteriormente. Por suerte, esta vez lloraban de alegría.

Ana Arias Castro

CC BY NC ND